

XXIV.

En los teatros se *acortarán* las luces, y á los concurrentes se les *alargarán* las noches en proporcion.

XXV.

Finalmente, los que leyeren estos vaticinios tendrán buen cuidado de ver quien los suscribe, para ya no chasquearse en adelante; pero yo previendo esto, y por librarme de toda responsabilidad, solamente pondré el nombre del escritor alemán de donde se han tomado, que es—M. G. SAPHIR.

LA ESPERANZA DEL AÑO NUEVO.

SONETO.

Juntos iban dos hombres cierto dia,  
Que del año pasado el último era,  
Uno con cara alegre y placentera,  
Otro con cara tétrica y sombría.

Ricamente vestido aquel se via  
Con ancho fraque de honda faltriguera;  
Y con rota levita, de manera  
Marchaba éste que á lástima movía.

—Pasó el año, dijo uno: en el entrante,  
Mi logro irá en creciente desde enero.  
A lo que el otro viéndose al instante  
Y suspirando, contestó ligero:

—Solo mi hambre jamás irá en menguante....  
Uno era un *Empleado*, otro un *Logrero*.

MI SOBRINO.

D. ANASTASIO DE OCHOA Y ACUÑA.

En la verdad, de estas dos locuras, que á mí tales me parecen, mejor le salió la suya á Demócrito, que como hombre que no tomaba pesar de nada, vivió ciento y nueve años.—*Pedro Mejía*.—Silva de varia leccion.

CUANDO nos propusimos resucitar la memoria de todos nuestros hombres ilustres, así en ciencias, como en artes, en armas, como en política, nuestro objeto fué no perdonar ningún medio para inquirir datos seguros de la vida de cada uno de ellos: mengua sería pues ahora para nosotros, el no apresurarnos á ins-

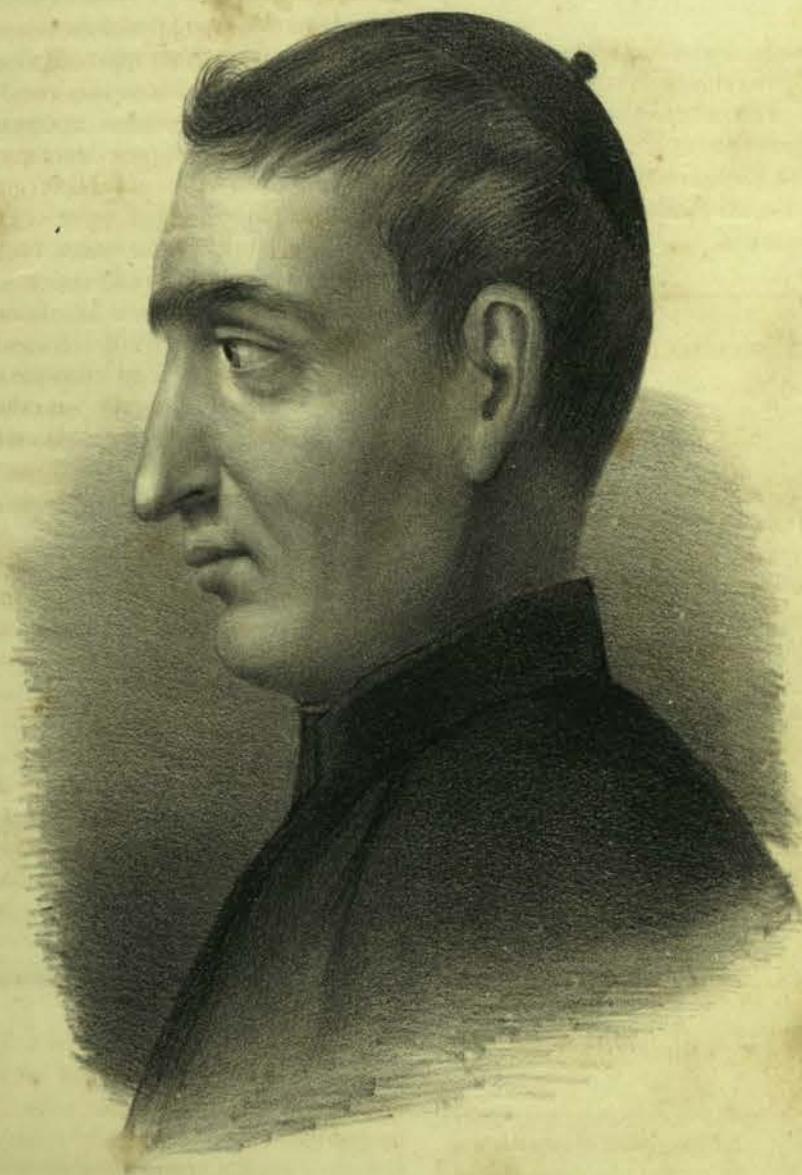
cribir en nuestra galería, el nombre que va al frente de este artículo, ya que hemos podido recoger los datos suficientes para trazar aunque en bosquejo su vida. El nombre de D. Anastasio de Ochoa y Acuña, á quien yo llamaría el Quevedo, ó el Iglesias mexicano, si gustara de comparaciones que nada dicen, cuando los hombres no hacen mas que seguir las inspiraciones de su ingenio, es demasiado popular entre nosotros, para tener que afanarme en darlo á conocer al público: ¿quién no se ha saboreado mil y mil veces con las letrillas, los epigramas y los sonetos burlescos del autor de las Poesias de un mexicano, nombre modesto con que apareció la edicion que en Nueva-York se hizo en mil ochocientos veintiocho? Muy pocos en mi concepto serán los que hayan dejado de divertir esos ratos de tristeza y de melancolía, á que todos estamos sujetos con sus ocurrencias felices, sus pinturas risueñas y su crítica fiel y burlesca de la sociedad.

Este nombre que á pesar de ser tan popular entre nosotros no ha sido consignado aun en nuestros nacientes anales literarios, es el único nombre, y el primero al mismo tiempo, que podemos legar á la posteridad del poeta que despues de haber contemplado y escudriñado á fondo las preocupaciones y debilidades humanas, se cubre con la máscara de la sátira, y exhortando con Quevedo á sus oyentes á que le ayuden, con *su malicia* y *su risa*, se dispone él mismo á reir de ellas, con aquella gracia, con aquella sal cómica, si así puede llamarse, que hizo decir á Horacio.

.....Ridentem dicere verum.  
Quid vetat?

Quizá no faltará quien se atreva á disputarle su primacía de antigüedad en este género, hasta aquí casi olvidado entre nosotros, no queriendo concedérsela sino á nuestra ingeniosa y erudita compatriota Sor Juana Ines de la Cruz; mas en esto tendria tan poca razon, como el que quisiera concederle á Racine el título de poeta cómico tan solo porque entre sus tragedias nos dejó sus *Plaideurs*, como muestra de su ingenio cómico. Es cierto que Sor Juana ejerció su asombroso ingenio universal en composiciones sátricas y burlescas; mas compárense estas con las de Ochoa, y se verá que ni en número, ni en calidad las exceden: bien que este anduvo tambien demasiado parco en las composiciones del género, único á que indudablemente fué llamado por la poesía.

UNICO MEXICANO.



Anastasio Ochoa  
*[Signature]*



Hacer reir, es propio de grandes ingenios, dijo Cervantes; y quizá á su imitacion dijo tambien no sé quien en el Prólogo al Quijote, que hacer reir era mas difícil que hacer llorar: yo ciertamente no me atreveré á hacer una asercion tan avanzada, pues tan difícil me parece que le serán ambas cosas á todo el que carezca del ingenio que ellas requieren, como fácil á Cervantes arrancar la risa, y á Shakespeare y Calderon, aterrorizar y conmover. Mas lo que sí me parece de todo punto cierto, y por consiguiente digno de asegurarse, y en esto opino con el autor de quien he sacado mi epigrafe, es, que mas ventajas reales y positivas le resultan al que se propone reir de los caprichos y debilidades humanas, que al que toma á su cargo el echarse una cadena al cuello, y cargar sus hombros con un pesado yugo para ir lamentando de calle en calle las inconsecuencias de sus semejantes. Sabida de todos es la vida de los dos filosofos griegos, Heráclito y Demócrito, de quienes es fama que el espectáculo del mundo social hacia llorar á uno y reir á otro; ¿cuál fué, pues, el fin de estos hombres, que con coloridos tan opuestos consideraban el espectáculo de las miserias de la vida humana? Heráclito, si hemos de creer á Diógenes Laercio, murió entre el estiércol que le recetaron contra la hinchazon é hidropesía, que le provino de tanto comer las yerbas y beber el agua pura de los lugares á donde le habia arrastrado su misantropía, mientras que Demócrito, siempre alegre, y riendo de buena gana de todo, vivió ciento y nueve años entre los mismos hombres, de quienes constantemente se burlaba. Ahora bien, esta *mania ó locura* de reir, como la llama el erudito Pedro Mejía, me parece que puede tener mas influencia, si no en el arreglo total de las costumbres, al ménos en la moderacion del vicio, que la de llorar, pues el hombre fácilmente se fastidia, y aun se burla del que le reprehende en tono lloron y sentimental, y casi nunca queda insensible, cuando la sátira y el ridiculo, estas armas que á veces nada prueban, pero que tanto pueden siempre, se encargan de patentizarles sus vicios; y el que toma en sus manos uno de esos libros escritos con tal estilo, siempre rie de buena gana de las extravagancias que en ellos se pintan; pero sin dejar de conocer que él mismo ha incurrido en ellos; y si no se confiesa en voz alta culpado, sí advierte que le viene el saco, y que tiene necesidad de moderarse al ménos para no ruborizarse, y creerse á cada paso señalado por los demas.

Yo no quiero decir, por otra parte, que este

sea siempre el resultado necesario de tales escritos; mas sí, que en la suposicion de que la literatura ejerza una influencia directa en las costumbres, considero á los escritos de la citada naturaleza, como mas capaces de ejercerla que otros; y varios ejemplos pudiera yo citar de autores que cuando se han propuesto arrancar de raiz abusos y preocupaciones, en tal ó cual materia, han recurrido á ese estilo satírico y burlesco, sin el cual quizá no hubieran conseguido el buen éxito, que con el tiempo han alcanzado. Mi objeto tampoco ha sido decir que el mérito sea mayor en unos que en otros, pues cada uno á su vez es digno de mayor ó menor predileccion, segun el estado del espíritu; y tan dignos de nuestra admiracion son los que logran conmovernos, cuando este fué su fin, como los que excitan nuestra risa, aumentándonos las fuentes del contento y la alegría. Acreeador, pues, á esta admiracion de nuestra parte me parece D. Anastasio Ochoa y Acuña, de cuyo ingenio festivo, puede asegurarse, que mas de cuatro negros y misantrópicos humores ha de haber contribuido á disipar.

Nació este en el pueblo de Huichapan, perteneciente al departamento de México, el domingo 27 de abril de 1783 y fué bautizado el 30 del mismo mes, segun consta en la partida de bautismo que tengo á la vista; fueron sus padres D. Ignacio Alejandro de Ochoa, y D.<sup>a</sup> Ursula Sotero de Acuña, ambos españoles de nacimiento, y vecinos del citado pueblo. Recibió allí mismo, á lo que he podido averiguar, su educacion primaria y pasó su niñez al lado de su padre, quien debió de darle las primeras nociones de gramática castellana, é inspirarle suma aficion al estudio de los poetas clásicos castellanos, sin que nada mas pueda decirse sobre los primeros años de su vida, por no existir documento ninguno.

A fines del pasado siglo comenzó á estudiar gramática latina en un estudio público de ella que en México tenia el Dr. D. Juan Picazo, en cuyo curso obtuvo el primer lugar, dando una prueba de su grande inteligencia de todos los autores clásicos latinos en el exámen á que se sujetó, ora vertiéndolos allí mismo al castellano, ora presentando escritas algunas traducciones en prosa y verso de Salustio y de Tácito, de Virgilio, Horacio, Ovidio, Juvenal y Marcial. Concluido este estudio pasó luego á San Ildefonso á estudiar la filosofía; y siendo en esta época sus recursos muy pocos para poder subsistir, se vió obligado á solicitar una beca de merced, la cual le fué



dada en el acto por unánime consentimiento de todos los catedráticos, quienes estaban convencidos de sus claros talentos. En este estudio se distinguió igualmente, obtuvo dos actos públicos y el primer lugar del curso entre sus condiscípulos. Al estudio de la filosofía, siguió el de los cánones en la entonces Real y Pontificia Universidad, en cuyo tiempo desempeñaba á la vez el destino de *Maestro de niños, ó de aposentos* en el citado estudio del Dr. Pícazo; y esto era ya por los años de 1803, ó 1804. Sucedió entonces también, que el dicho Dr. Pícazo fué nombrado Rector del colegio de San Juan de Letran, lo cual le obligó á cerrar su estudio público, y á despedir por consiguiente á Ochoa, quien se vió entonces obligado para subvenir á su subsistencia, como él mismo dice: "á servir con la pluma en el juzgado de capellanías del arzobispado, y en otros destinos semejantes, sin abandonar por eso el estudio y aplicacion á la literatura, como lo prueba el haber adquirido en ese tiempo sin auxilio de maestros, y solo en virtud de una constante aplicacion, la inteligencia de los idiomas frances, italiano, portuguez y gran parte del ingles, sin olvidarme entre tanto del estudio de la mas pura latinidad y gramática de nuestro castellano."

Tiempo es de que hablemos ya de sus trabajos poéticos: habia leído y estudiado á Horacio, Persio, Juvenal y Marcial entre los latinos; conocia á fondo á todos los poetas castellanos, especialmente á Quevedo, Góngora, Baltazar de Alcazar, é Iglesias; habia leído detenidamente á los poetas italianos, franceses y parte de los ingleses, y habia adquirido ya bastante esperiencia en el mundo á fuerza de adversidades, y del estudio que en medio de ellas habia hecho de las costumbres de la sociedad; él mismo, en fin, se dijo, como Corregio: *anche io son pittore*; pulsó su lira, y en el Diario de México del día 17 de mayo de 1806 apareció su primera letrilla satírica, la única quizá de este género que remitió á dicho periódico, que no insertó en la edicion que hizo de sus poesías y que comienza del modo siguiente:

¡Con una tinta que venden  
Esquisita en el portal,  
Dizque se curan su mal  
Los que de cisnes se ofenden  
Con presuncion estremada?  
No sé nada. etc.

Y si no se encuentra en esta letrilla la gracia y la crítica finísima de las posteriores, no deja de ser por eso una buena prueba de lo que

después en este género hizo su autor. Siguió luego publicando una que otra composicion en el mismo periódico firmadas unas con las iniciales de su nombre, otras con el pseudónimo de *El Tuerto*, y otras en fin con el nombre de *Anastasio de Achoso*.

En el Diario de 23 de noviembre de 1807, dió á luz uno de sus mejores sonetos, que después con algunas correcciones insertó en la coleccion de sus poesías, y es el siguiente:

LA VISITA DEL CURRUTACO.

Leyendo estaba yo cierta mañana  
Y á casa entró cantando un caballero,  
Prosiguió sin quitarse el gran sombrero,  
E hizome con los piés la caravana.

¡Contradanza! gritó con voz insana:  
*Taran, taran* diciendo, y muy ligero  
La bailó, luego un vals, luego el bolero  
Dando fin á sus brincos la jarana.

Veme el libro y esclama: ¡que empanada!  
¡Perder el tiempo con Horacio Flaco!  
Su *Eneida, cher ami*, no vale nada.

¡Que hermosa caja tengo de tabaco!  
Dijo, y salióse al son de otra tonada.  
Tal la visita fué del currutaco.

En el que se publicó en el Diario, dice el segundo verso del segundo cuarteto.

Y talareando la bailó ligero

mas en la época en que hizo la revision de sus poesías para corregirlas, época en que eran conocidas ya en México las reglas de la prosodia castellana, que ántes, como ya en otra parte he dicho, se ignoraban totalmente, lo varió del modo que ahora se ve, para evitar sin duda el que resultara una sola sílaba del *ea* de *talareando*.

Por los años de 1810 ó 1811, fué admitido Ochoa en la *Arcadia Mexicana*; y desde entonces siguió escribiendo en el dicho Diario algunas anacreónticas y odas amorosas, y algunas traducciones también del latin de Horacio y de Ovidio, del frances de Bertin y de Boileau, y del italiano de Petrarca, bajo el nombre del Pastor Antimio. En este mismo año de 1811, se representó en el teatro Principal de México, una tragedia titulada *Don Alfonso*, puesta en verso por D. Anastasio María de Ocha, tragedia cuyo manuscrito original he leído últimamente, y que me parece que á tal cual interés dramático reúne una versificacion y un estilo dulces elegantes.

Por el año de 1813, acogió con calor la idea de recibir las órdenes sagradas, lo cual le obligó á entrar al Seminario conciliar de esta capital, en donde obtenida una beca de merced, se dedicó al estudio de la teología moral, hasta que al fin se ordenó de presbítero en el mes de diciembre de 1816, siendo ya de 34 años de edad; y á principios de 1817 fué á encargarse, por fallecimiento de su padre, del curato de la Divina Pastora de Querétaro, en cuyo encargo permaneció mas de un mes. El 10 de agosto del mismo año, fué nombrado para desempeñar el cargo de cura interino del Pueblito de Querétaro, de donde al año y cuatro meses pasó á desempeñar el mismo cargo á la parroquia del Espíritu Santo de la misma ciudad, cuyo curato le fué dado al fin en propiedad en 1820. Permaneció en él hasta 1827, entregado completamente como lo habia estado en los demas, al puntual desempeño de las funciones de su ministerio, procurando la instruccion por todos los medios posibles, especialmente á los indios, aliviando sus necesidades y sus miserias, y procurándoles en fin, todos los consuelos, así espirituales como temporales que el espíritu de su mision y su propia caridad le inspiraban; y sin dejar por esto de entregarse en los ratos que le quedaban libres para descansar, á los alegres y festivos placeres de su ingenio, con lo cual iba insensiblemente aumentando su coleccion. En fin, en abril de 1827, abandonó á Querétaro, cuyo clima perjudicaba sobre manera su salud, y pasó á México, en donde renunció el curato del Espíritu Santo, alegando motivos justos de enfermedad, y en donde se dedicó desde entonces exclusivamente al cultivo de las bellas letras.

Algunos años después de la independenciam, apareció en México la Prosodia castellana de D. José Sicilia, cuyos ejemplares, que poco á poco fueron pasando de las librerías á las bibliotecas de los curiosos, causaron una revolucion tal en nuestra poesía, que los que entre nosotros habian pulsado la lira, avergonzados de haber incurrido por tanto tiempo en defectos tan leves, se apresuraron á beber aquellas lecciones, á corregir faltas tan de poca monta en sus composiciones pasadas, á precaverse de volver á incurrir en ellas en lo sucesivo, y á tributar elogios al que habia derramado una luz tan viva sobre un punto que tanto hace ganar á la versificacion en suavidad y dulzura, de cuyos elogios, aun nos queda una hermosa oda del Sr. D. Francisco Ortega. D. Anastasio Ochoa fué pues, si no el primero, uno de los primeros

que tuvieron en sus manos á Sicilia y que se penetraron de sus ideas, fué su sostenedor mas acalorado, y aun tengo noticias de cierta polémica literaria que sostuvo en defensa de las doctrinas prosódicas del mismo Sicilia; y con estas nuevas luces, á su vuelta de Querétaro, se dedicó á escoger entre sus composiciones, las mas dignas de ser publicadas, las revisó, las corrigió, de manera que hoy pueden citarse como modelo de buena locucion y de excelente versificacion; formó una coleccion de ellas, y mandó hacer su edicion en dos tomos á Nueva-York, edicion hecha en 1828, y que á poco apareció en México. Esta coleccion dividida en dos tomos con el título de *Poesías de un Mexicano*, que anda en manos de toda clase de personas, y que tanto ha contribuido á popularizar el nombre de su autor, contiene en el primero sus anacreónticas, sus odas amorosas y patrióticas, sus sonetos del mismo género, sus traducciones de Horacio, de Ovidio, de Bertin, de Petrarca, etc., todo sobre asuntos serios, y aun algunas veces filosóficos y morales, en todos los que el mérito de Ochoa es medianísimo, y en los que si se tratara de darle fama, equivaldria á querer inmortalizar por su *Polifemo* á Góngora, bien que en este último punto, Ochoa es cien veces mas ilustre que el corruptor de la poesía castellana. En donde debe buscarse el mérito, el ingenio sin par hasta ahora entre nosotros de D. Anastasio de Ochoa, es, en su segundo tomo que consagró exclusivamente á sus poesías satíricas y jocosas, género exclusivamente suyo, en el que arrancaria la risa del mismo Timon, y al que no se dedicó exclusivamente por aquella tendencia inherente al hombre, de creer, que á medida que mas ramos se abrazan, mas se sobresale. Al abrir el libro, al ponerse á leer sus letrillas, sus epigramas, sus sonetos, todo se olvida para no pensar mas que en hacer las alusiones picarescas que naturalmente se ocurren, interrumpiendo á cada paso la lectura con estrepitosas carcajadas que son la mayor alabanza del que las promueve. Lo fácil de la versificacion, lo salado de las ideas, lo fino y burlesco de la crítica, todo, todo nos saca de nosotros mismos y nos hace exclamar involuntariamente que tenemos un poeta popular, un poeta que describiendo nuestros usos y costumbres, y valiéndose de nuestras espresiones y adágios mas triviales, ha sabido agradar á todas las clases de la sociedad. A la vista tengo sus poesías, y es tal el mérito que encuentro en todas ellas, que



á la casualidad de la eleccion de las que voy á citar en prueba de lo que he dicho. ¿En qué aventajan, por ejemplo, las celebradas letrillas de Góngora y de Quevedo, á las siguientes de nuestro poeta?

VI.

Cuando á la correa  
Juegas con los linceas,  
Si la ensartas pierdes,  
Y si no, perdiste.

Segun los que rabian  
Porque somos libres,  
Y que amarnos mucho  
En público fingen,  
Aunque allá á sus solas  
El diente rechinen;  
Muy mal va la patria  
Afloje ó estire:  
Si la ensartas pierdes,  
Y si no, perdiste.

Si despachan pronto  
Las cámaras, dicen:  
„Todo se atropella;  
Esa ley no sirve.”  
Si espacio discuten:  
„Esto es insufrible!  
Jamás de este asunto  
Veremos los fines.”  
Si la ensartas pierdes,  
Y si no, perdiste.

Si activo el gobierno  
Averigua el crimen:  
„Adios libertades!  
¿Quién seguro vive?”  
Si no lo averigua:  
„Somos infelices,  
Pues los criminales  
Ya no se persiguen.”  
Si la ensartas pierdes,  
Y si no, perdiste.

Si el juez cuando puede  
Acelera un litis:  
„Las fórmulas huella;  
¡Déspota terrible!”  
Y si lo retarda  
Por árduo y difícil,  
„¡Cielos, que apatia!  
¿Cómo ha de sufrirse?”  
Si la ensartas pierdes,  
Y si no, perdiste.

Si algo del gobierno  
Llega á traslucirse:  
„¡Malo! Sin secreto  
Nada se consigue.”

Si no se trasluce,  
Se mofan, se rien:  
„Todos son misterios  
Y velos horribles.”  
Si la ensartas pierdes,  
Y si no, perdiste.

Si entre dos materias  
La cámara elige:  
„¡Oh! de lo importante  
Se olvida y prescinde.”  
„Si la otra prefiere:  
¡Es cosa bien triste  
Que asuntos superfluos  
Tan solo se agiten!”  
Si la ensartas pierdes,  
Y si no, perdiste.

Si las alcabalas  
Corrientes se exigen:  
„¡Infeliz comercio!  
Cayó pues lo oprimen.”  
Y si se moderan:  
„La patria que gime  
Sin rentas, ni erario  
Fuerza es que peligre.”  
Si la ensartas pierdes,  
Y si no, perdiste.

Tales son las mañas  
De *Campa te dije*,  
Desacreditarnos  
Y no desistirse;  
De lo que proviene,  
Segun sus melindres,  
Que aunque mas la patria  
Se esfuerce y camine,  
Si la ensartas pierdes,  
Y si no, perdiste.

VIII.

Por si teneis miedo  
Muchachas, de oirlo,  
Yo no he de decirlo,  
Digalo Quevedo.

Si debo de Lice,  
De Lice la bella,  
Crear que es doncella  
Porque ella lo dice,  
Bien que lo desdice  
Su inhonesto trage,  
Su libre language  
Y continuo enredo,  
Digalo Quevedo.

Si la niña alienta  
Con sus atractivos  
Blandos y lascivos  
Al que amor la cuenta:

Si en esta tormenta  
Se está creyendo ella,  
Que porque es doncella  
Se ha de estar él quedo,  
Digalo Quevedo.

Si se hace Marica  
Bonita aunque es fea  
Sin pensar que emplea  
Espejo y botica;  
Que si á esto se aplica  
Suela resistir  
Del terco al pedir,  
Del dar al denuedo,  
Digalo Quevedo.

Cuando divertirse  
Quiere algun maceta,  
Si con la coqueta  
Ha de introducirse,  
O ha de dirigirse  
A la honesta esquivada,  
Que al necio reciba  
Con semblante acedo,  
Digalo Quevedo. etc.

XII.

La mi Talía,  
Toda alegría,  
La voz levanta,  
Y pica y canta,  
Asaz burlona:  
¡Mira qué mona!

El currutaco,  
Que el aire y taco  
De pierna y talle  
Luce en la calle,  
Muy del gran tono:  
¡Mira qué mona!

La jovencita,  
Que de bonita  
Presume tanto,  
Y un tierno canto  
Lasciva entona:  
¡Mira qué mona!

El falderillo  
Que en el carrillo  
Besa de su ama,  
Y está en su cama  
Cual en un trono:  
¡Mira qué mona!

La currutaca  
Que los piés saca  
Y en el paseo  
Dobla el meneo  
De su persona:  
¡Mira qué mona!

Aquel arillo  
Que de zarcillo  
Lleva en la oreja  
Y jamás deja  
Don Homobono:  
¡Mira qué mono!

La transparencia  
Que lleva Méncia  
La coquetilla  
En la mantilla  
De forlipona:  
¡Mira qué mona!

El dulce hechizo  
De tanto rizo,  
Que don Marcelo  
Lleva en el pelo  
Con grande entono:  
¡Mira qué mono!

La complacencia  
De su presencia,  
Con que en si misma  
Toda se abisma  
Doña Simona:  
¡Mira qué mona!

Aquel don guapo  
Todo hecho un zapo.  
Que armando riñas  
Ante las niñas  
Jacta su encono:  
¡Mira qué mono!

Y esta letrilla  
Tan picarilla,  
Tan disonante,  
Que á cada instante  
Se desentona,  
¡Mira qué mona!

XIV.

Así mi musa suele  
En ocasiones,  
Jugar, por divertirse  
Pares y nones.

A la doncella de trece  
Que ya de novelas gusta,  
Y el padre Parra la asusta,  
Si la madre se lo ofrece;  
Y que si el chulo aparece  
Cortando allí la lectura  
A cantarle se apresura  
Apasionados cantares,  
Digole pares.

Al jóven ocioso y tuno  
Que mimado se educó,  
Y luego á estudiar lo envió



Su padre en tiempo oportuno:  
Que al preceptor importuno  
Llama, y sin saber hablar  
Quiere en ciencia aprovechar  
Sin aprender las lecciones:  
Digole nones. etc.

En cada uno de sus epigramas, hallamos un pensamiento profundamente satírico, delicado y fino, como los mejores de Marcial, ó de Iglesias: citaré, como mas notables, los siguientes:

XI.

Del padre de una niña.

Juana á los toros llevó  
A su hija y miéntras llegaban  
Al circo, esta si mataban  
A los toros, preguntó;  
Y cuando oyó que la madre  
"Si los matan" le decia,  
Esclamó ella ¡ay madre mia!  
¡Si matarán á mi padre!

XVI.

De un marido.

¡Qué opípara está la mesa!  
Gracias á aquel comerciante:  
¡Qué liberal! me embelesa:  
¡Este vino está arrogante!  
¡Qué parco! y que diferente  
Fuera todo Mariquita,  
Si tú no fueras bonita,  
Y yo no fuera prudente.

XIX.

De una dama.

A un page nada dormido  
Dijo, dándole un papel,  
Cierta dama: ve con él,  
Y entrégalo á mi querido.  
No era la primera vez  
Que iba el page, pues tomó  
El papel, y preguntó:  
Señora, ¿á cuál de los diez?

XXX.

Pregunté á cierto censor,  
Hombre de muy buena pasta,  
¡Por qué en sus escritos gasta  
Tanta paja cierto autor?  
"Es porque cuando trabaja  
(Me dijo) para la prensa,  
Ante todas cosas piensa,  
Y hace sus piensos con paja."

XL.

De un casado.

Gil no sé de que manera  
Vió á su muger, y esclamó:

Si fuera naranjo yo,  
¡Qué hermosas naranjas diera!

Sus sonetos creo yo que pueden colocarse entre los mejores que de este género posee la poesía castellana, y que son comparables con los del fecundo Lope de Vega; y como prueba de esto puede ponerse el ya citado de la visita del currutaco y el siguiente:

LA RESPUESTA CONCISA.

¡Hola!—¿Quién es?—Yo soy.—¿Qué manda usted?  
¿D. Basilio está en casa?—Señor, yo,  
Esta mañana que se levantó  
Le llevé chocolate á su mercé.....  
—Bueno. ¿Mas está en casa ó ya se fué?...  
—Como iba yo diciendo, lo tomé,  
Y luego.... Mas, señora, ¿está ahí, ó no?...  
—No, no era chocolate, era café....  
—¡Válgate Dios, señora! bien está  
Que fuera lo que fuese, mas aquí  
No se trata....—Señor voy para allá....  
Vaya, señora, diga vd.—¡Ah! si:  
Pues, señor, D. Basilio salió ya....  
—¡Qué lacónico hablar! Ya lo entendí.

En cuanto á sus traducciones, no hay mas que pasar la vista por el *Facistol* de Boileau que tradujo en romance endecasílabo, con la traduccion en una mano, y el original en la otra, para convencerse de que si no era un Jáuregui, estaba muy distante de pertenecer á aquella especie de traductores de quienes dice Larra, que les basta un diccionario y su audacia, para verter á nuestro idioma cualquier escritor extranjero. Mas dejando ya las citas que serian interminables, segun es el placer que la lectura de estos versos me causa, prosigamos con la vida de su autor; y antes de proseguir advertiré aquí, que en vano he buscado el elogio que de las *Poesías de un mexicano*, publicó el Sr. D. Andres Quintana Roo, para ponerlo á continuacion, como trozo que hará siempre honor á la memoria de D. Anastasio Ochoa.

Desde 1828 hasta 1833, año en que murió, se ocupó esclusivamente en trabajos literarios: tuvo parte en la traduccion de la Biblia de Venecia, que publicó el Sr. Galvan: tradujo las *Heroidas* de Ovidio, y las publicó él mismo en México: comenzó á escribir unas cartas en prosa, tituladas: *Cartas de Odalmira y Elisandro*, manuscrito del que se conservan algunos trozos de bastante mérito: escribió tambien, segun me han asegurado, una novela de costumbres mexicanas, de la que ni el título ha llegado á mis noticias, y emprendió un trabajo demasiado improbo en mi concepto, como fué el de

poner en octavas castellanas el *Telémaco* de Fenelon, habiendo logrado llegar hasta el último libro, cinco de las cuales he leído no mas, pues los dos primeros se perdieron. Tradujo tambien en ese tiempo, del frances, el *Bayaceto* de Racine; del italiano, la *Virginia* de Alfieri; del latin, la *Penélope* del Padre Andres Friz; arregló la *Eugenia* de Beaumarchais al teatro de México, y escribió en prosa una comedia original, titulada: el *Amor por Apoderado*, todas las cuales las he visto y leído en un tomo de manuscritos originales suyos que posee mi amigo D. Antonio Rodriguez Galvan, y que tuvo la bondad de prestarme. Las traducciones son de bastante mérito, y la comedia original, que nunca se ha representado en nuestro teatro, tiene algunas escenas bellísimas que valen por toda ella; y he sabido tambien que escribió otra comedia original con el título de la *Huérfana* de Tlalnepantla, pero como no la he visto, nada diré de ella. Por este tiempo parece que se le invitó para que escribiese comedias originales para el teatro, á lo cual parece que él habia accedido, segun es fácil inferir del siguiente documento trunco que tengo en mi poder: „Tiempo es ya de que en nuestro teatro, dice, se vean representadas algunas costumbres nacionales. El escritor que presente piezas dramáticas con esta circunstancia, si logra agrandar con ellas, merece alguna recompensa, y en su derecho á ella no lo juzgo inferior á un segundo galan. Verificándose esto, se consigue al mismo tiempo proteger en algun modo las buenas letras, y principiar un repertorio de comedias mexicanas.”

„El ciudadano mexicano Anastasio Ochoa, ofrece presentar una comedia cada mes, en varias de las cuales habrá costumbres nacionales, y será la escena en nuestro pais, con la condicion, para no gravar á la empresa, de que la pieza que no agrada al público no se le premie, y por consiguiente no se le abone el honorario correspondiente á aquel mes.”

„Con estas condiciones, y otras de poca importancia que espresará. . . . .

„Por esto se vé, que si la muerte no hubiera venido á sorprenderle, quizá hubiera sido tambien el fundador de nuestro teatro nacional. Ultimamente, cuando vino á México la primera compañía de ópera italiana, se ocupó en traducir en verso los programas que se repartian al público.

En agosto de 1833, todos los ánimos estaban azorados en México, todos temian el ser atacados de un momento á otro por esa epidemia

terrible que dejó huérfanas á tantas familias, por el *cólera-morbo*, que habia infundido ya el espanto en todos los corazones; mas Ochoa resignado á sufrir la suerte que le tocara, y sin abandonar, ni su serenidad, ni su humor habitual, hizo su testamento desde principios de agosto, con toda la sangre fria de un filósofo que no vé en la muerte, sino la terminacion precisa y mas ó menos prematura de ese movimiento que se llama vida, impreso á nuestra materia por un ser inmaterial. Con esta preparacion preliminar, vió pasar rápidamente á agosto, vió llegar á setiembre, y el dia 3 de este mes fué atacado del *cólera* con una violencia tal, que á las veinticuatro horas, á las siete de la mañana del 4 habia espirado ya en el seno de su familia, á los cincuenta años de su edad, y despues de una niñez, quizá feliz, de una juventud turbulenta, como lo es la de casi todos los hombres, y de una virilidad tranquila pasada en la dorada mediocridad, pues bien habia comprendido aquel precepto de Horacio:

Auream quisquis mediocritatem  
Diligat, tutus caret obsoleti  
Sordibus tecti; caret invidendá  
Sobrius aula.

Mas su memoria no ha muerto, porque siempre será recordada con placer por todos los amantes de las letras, y siempre venerada por todos aquellos cuyos ratos de melancolia haya contribuido á endulzar. Vivió para enseñarnos que hay un ramo de la poesía castellana, ramo bellísimo que debemos cultivar, si queremos llegar á poseer algun dia un repertorio de poesía popular; y su nombre nos queda, para que cuando aquella esté en su mayor grado de esplendor, aparezca rodeado de la aureola de gloria, que, como al primero, se le debe.—Ramon I. Alcaraz.

FERRO-CARRILES.

UNO de los adelantamientos mas útiles hechos últimamente en las ciencias, es la aplicacion del vapor al movimiento de las máquinas; pues con este medio se ha conseguido disminuir tanto el gasto, como el tiempo que se empleaba antes de su descubrimiento en la manufactura de una porcion de objetos de primera necesidad.

Entre sus aplicaciones es muy digna de notarse, la que se ha hecho de él para mover los carros en los ferro-carriles; su utilidad es in-